

XIII.**Honras fúnebres.**

LA Escuela de medicina en estas pesadas circunstancias se puso á la altura de su gratitud. Todos sus profesores, todos sus alumnos, con un sentimiento verdaderamente filial, vieron el venerable cadáver como el de un padre cariñoso y tierno. Lo condujeron al Hospital el día 5 y ese día y el siguiente se le embalsamó. En la espaciosa capilla de aquel establecimiento se celebró el día 7 una solemne misa de *requiem*, para la que con profusión fueron repartidos convites, desde un día antes, firmados por los representantes de dicha Escuela. Allí ví rodar muchas lágrimas de los ojos de respetables personas.

El Colegio de Abogados el mismo día 5 acordó nombrar una comisión de su ceno para dar el pésame á la mencionada Escuela y á los dos únicos sobrinos del ilustre difunto. Nombró otra comisión que acompañase el cadáver del Hospital al Palacio el día 7, y, por fin, un orador para que, en su nombre y el de la Escuela de Jurisprudencia, llevase la voz en las honras acordadas por el Ejecutivo.

A su vez el Sr. Gobernador y la H. Diputación Permanente habían dispuesto las honras fúnebres oficiales, que podemos calificar como dignas del alto renombre de aquel á quien se tributaron.

Cuando andábamos en unión de otras muchísimas personas en ese duelo público; involuntariamente vino á nuestro espíritu cierto género de ideas. La política, nos decíamos interiormente, nos ha dividido á todos los hijos del Estado. Sin embargo, tratándose de Gonzalitos, ni era de presumirse que hubiera tal desunión. En efecto: en su regreso de Nueva York, en la ovación que hemos llamado su apoteosis, iniciada por el Gobernador, Sr. Lic. Canuto García, todos se unieron de buena voluntad á la manifestación pública. Hoy ha sucedido lo mismo. Los correligionarios de esas dos administraciones, han sofocado todo sentimiento de aversión entre sí, al concurrir á los homenajes tributados á Gonzalitos. Oh! parecíanos, que llegábamos ante su tumba á presentarle como ovación el olvido de las desavenencias entre hermanos.....!

Los periódicos todos vistieron de duelo, engalanándose con artículos en que la inteligencia y el sentimiento tenían el brillo propio, que la justicia da á las almas rectas, cuando se inspiran en la verdad.

El amplio salón del Palacio de Gobierno, llamado de recepción, fué preparado para ex-

poner el cadáver de las cuatro de la tarde del día 7 á igual hora del día 8. Imponente y majestuoso era el cuadro que presentaba el suntuoso departamento.

En el frente sur, hallándose á la derecha el retrato de Hidalgo y á la izquierda el de Juárez, se destacaba, tras de limpiísimos vidrios, un bello trofeo: tres rifles en pabellón, colgando de ellos la bandera imperial, que en el sitio de Querétaro quitaron los bisoños soldados del Batallón móvil de Nuevo-León al 21 de línea de las huestes de Maximiliano. Cada uno de aquellos tres rifles fué disparado por un sargento de ese mismo Batallón sobre Maximiliano, Miramón y Mejía.

En las paredes laterales se veían retratos de varios de los Gobernadores del Estado como del Dr. José Eleuterio González, del cual es una copia, la tercera de las láminas que hemos publicado, Lic. Lázaro Garza Ayala, General Mariano Escodedo, Lic. Viviano L. Villareal, General Gerónimo Treviño, General Bernardo Reyes, y de los nuevoleonenses el inmortal Ignacio Zaragoza y el bizarro General Naranjo.

Los muebles del salón y las cortinas son de color guinda y dorado el bello dibujo con que están decoradas las paredes. Festones negros, distribuidos con profusión, decían con elocuente silencio, que allí batía sus alas el insaciable genio del duelo.

En el centro, preparado por el Sr. Ingeniero Miguel F. Martínez, se destacaba el soberbio catafalco en que fué expuesto el augusto cadáver. Cuatro gruesos blandones, uno en cada esquina, fijos en dorados candeleros; cuatro grandes bugías colgantes y diez y seis velas de esperma en dos de las esquinas del salón, inundaban de melancólica luz aquel imponente cuadro. Hacían guardia constante cuatro soldados del 16, uno en cada esquina del catafalco; dos alumnos de la Escuela de medicina y comisiones de cinco miembros que se reemplazaban cada dos horas, y las cuales eran compuestas de notables comerciantes y de empleados de diversas categorías, según el ceremonial acordado por el Ejecutivo.

A las once de la mañana del día 8, el cuadro que ofrecía el salón, y del que en parte es un trasunto la cuarta de nuestras láminas, era en alto grado majestuoso.

De un pebetero, al lado de la cabecera del catafalco, se levantaba incesantemente blanquísima nube de humo de incienso, que impregnaba la suntuosa estancia. Multitud de personas visitaban el cadáver, reinando un silencio sepulcral. En las veinticuatro horas de su exposición deben haber sido más de quince mil los visitantes, habiendo concurrido muchísimos de los pueblos inmediatos, principalmente discípulos de Gonzalitos. ¡Cuántos llegaron con la mano en los ojos, deseando postrar-

se de rodillas ante el venerando cadáver; para dar así desahogo á la gratitud!

Una niña de cinco años de edad, vestida de blanco y toca negra, llegó al salón; y arrojándose ante los piés del venerable cadáver, causando una emoción indescriptible en los circunstantes, depositó una corona sencilla de laurel, en cuyo centro se leía:

1813.

Del maestro en la palabra y el ejemplo,
Hace la humanidad reconocida:
Religión, del recuerdo de su vida,
De su sepulcro, un templo.

H. D.

1888.

Cayendo sobre la parte superior del ataúd, se destacaba una espléndida corona negra, con la siguiente inscripción:

Supremos Poderes del Estado. El que hoy yace cadáver, vivió y vivirá por sus virtudes en el corazón de sus conciudadanos.—LAZARO GARZA AYALA.

En las cornizas de las cortinas veíanse coronas negras con las inscripciones que siguen:

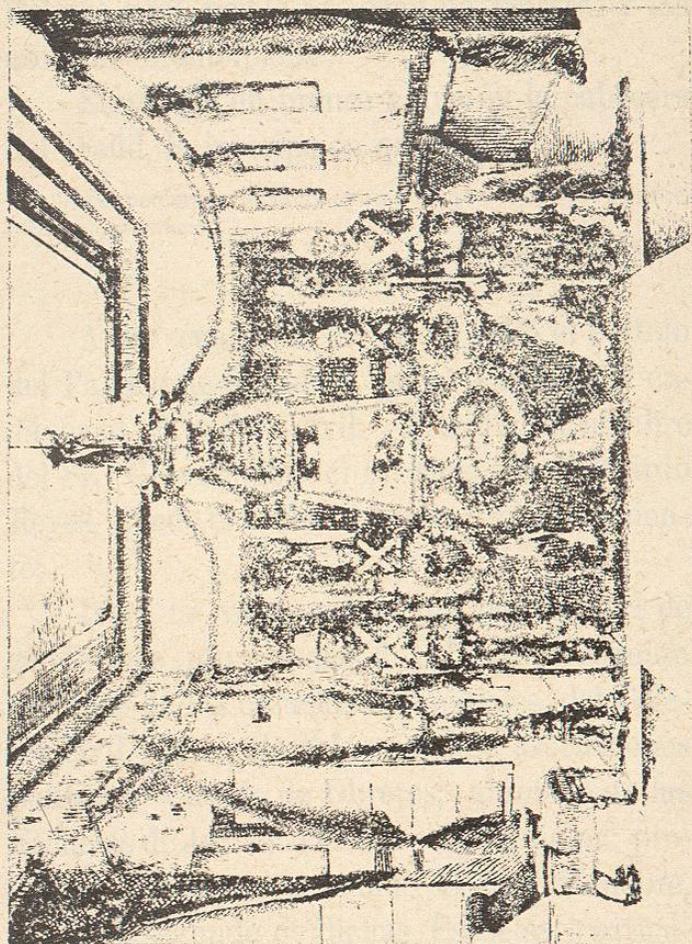
"La instrucción y la virtud, son la sabiduría; sed, pues, sabios y agradaréis á Dios y á los hombres."—J. E. González.

Del Doctor Gonzalitos la memoria
Jamás perecerá: queda en la historia.—P. J. Morales.

Consagrarse á la ciencia;
Fué su único amor en la existencia.—H. D.

Un reguero de luz dejó en la historia.....!
Monterrey, Nuevo-León: esa es tu gloria.—H. D.

Quien trasmite verdades de la ciencia;
Aunque llegue á morir queda en esencia.—P. J. Morales.



Rodeaban el catafalco un sinnúmero de coronas presentadas por la ciudad de Monterrey, por la Escuela de Medicina, por la de Jurisprudencia, por el Colegio de Abogados, por el Colegio civil, por la Sociedad de Obreros y las escuelas municipales.

Esculpida en bronce había en la cabecera del ataúd, la inscripción que sigue:

“No se perderá su memoria, y su nombre se repetirá de generación en generación.”

ECLES. CAP. 39 v. 13.

A las cuatro de la tarde salió el cortejo del Palacio de Gobierno, para trasladar el cadáver al Hospital civil. Presidía en nombre del Sr. Gobernador, el Sr. General Bernardo Reyes, siendo el orden de la comitiva el siguiente:

Iva á la vanguardia una descubierta de gendarmes municipales á caballo y seguían alumnos de las escuelas municipales, del Colegio civil, de la Escuela normal; asociaciones políticas, Círculo de Obreros; alumnos de las Escuelas de Jurisprudencia y de Medicina: profesores de ambas, rodeando el carro fúnebre, los de la segunda de dichas Escuelas; particulares, empleados de la Federación y del Estado; Consejo de Salubridad; Cámara de comercio; Colegio de Abogados; Consejo de Instrucción pública; Republicano Ayuntamiento; Magistrados y jueces; Diputados; Secretario de Gobierno, todos con un lazo negro en el brazo iz-